



Avivamiento Eucarístico Nacional

Guía para la Predicación

Cuaresma de 2024

Bienvenido a la Guía del Ciclo de Predicación de Cuaresma 2024 para el Avivamiento Eucarístico Nacional. El objetivo de esta Guía es ofrecer un recurso al clero para ayudarle a preparar homilías kerigmáticas que ayuden a los fieles no sólo a encontrar a Jesús en la celebración de la Eucaristía, sino también a fomentar una relación personal sostenida con Él a través de su Iglesia.

Como han escrito los Obispos de los Estados Unidos, “En la Eucaristía, con los ojos de la fe vemos ante nosotros a Jesucristo, quien en la Encarnación se hizo hombre (Jn 1, 14) y quien en el Misterio Pascual se entregó por nosotros (Tit 2, 14), aceptando incluso una muerte de cruz (Flp 2, 8)” (El misterio de la Eucaristía en la vida de la iglesia, 19). La apertura de la Palabra de Dios en la celebración de la Eucaristía a través de la lente del kerigma puede nutrir a los fieles, fortaleciendo su capacidad de reconocer a Jesús “en la fracción del pan” (Lc 24) y preparando sus corazones para un encuentro fructífero con Él.

Es en este fecundo encuentro eucarístico donde el corazón humano cambia y los fieles se conforman más plenamente a la persona de Jesús, el que es Amor. Puesto que el amor, por su naturaleza, es misionero (siempre sale de sí mismo para buscar al amado), preparar al pueblo de Dios para encontrar a Jesús eficazmente en la Eucaristía (mediante la predicación, la oración y el acompañamiento) dinamizará y vivificará la actividad misionera de la Iglesia.

La intención de esta Guía no es reemplazar el discernimiento personal y la oración que forman parte de la preparación de la homilía con “temas de conversación”, ni nada de lo que contiene debe tomarse como sustituto de la homilía. Más bien, deja que este recurso te sirva como herramienta para centrar tu reflexión homilética e identificar temas misioneros y kerigmáticos y conexiones entre las lecturas.



Cómo utilizar esta Guía para la Predicación

Cada sección de este folleto cubre uno de los domingos de Cuaresma y contiene la siguiente información:

Lista de lecturas para ese domingo

OBJETIVOS

Las verdades clave de la homilía con las que los fieles deben lidiar y, por la gracia de Dios, interiorizar como resultado de escuchar esta predicación kerigmática.

RESUMEN

Un breve resumen de los temas kerigmáticos que atraviesan las lecturas de ese domingo, así como una mención de los temas misioneros y kerigmáticos generales que conectan el conjunto de las lecturas dominicales de Cuaresma. Estos resúmenes pueden ayudar a proporcionar un contexto evangelístico desde el que predicar.

VERSÍCULOS DE ENFOQUE

Una breve lista de posibles versículos que constituyen puntos de conexión útiles entre las lecturas y los temas generales de ese domingo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Cada semana verás una serie de preguntas planteadas para profundizar en la reflexión sobre los temas, las imágenes y el lenguaje utilizados en las lecturas de esa semana. Puedes elegir una (o varias) de esas preguntas y plantearla(s) dentro de la homilía a los fieles. O bien, puedes poner estas preguntas de reflexión a disposición de la comunidad a través de FlockNote, correos electrónicos, notificaciones push a teléfonos móviles, en un sitio web o en el boletín, dependiendo de los canales de comunicación hacia tu comunidad que tengas disponibles.

Si en tu parroquia te ha resultado útil la serie de pequeños grupos sobre el Avivamiento Eucarístico Nacional, estas preguntas podrían utilizarse fácilmente

para volver a convocar a estos pequeños grupos para que se reúnan, reflexionen y compartan sus respuestas.

Lecturas de Cuaresma – Año B Viaje temático

Una de las claves para desbloquear las Escrituras de Cuaresma en el Ciclo de Leccionario B es la realidad de las alianzas en la historia de la salvación.

El plan de salvación de Dios entró en acción desde el momento de la desobediencia de nuestros primeros padres en el Génesis. La humanidad se había alejado de Dios, perdiendo la participación en la vida divina que Dios le había concedido. Los hijos de Dios estaban ahora separados de él. Sin embargo, en su gran amor por nosotros, el Padre quiso que tuviéramos una nueva y mayor relación con él a través de su Hijo, Jesús.

La segunda Persona de la Trinidad, “que era de condición divina... se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor” (Flp 2, 6-7), él “se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). A través de su vida, Muerte, Resurrección y Ascensión, “Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados” (CIC 615), pagando el precio por nuestra desobediencia y haciendo que la vida divina, la vida del reino, una vez más esté disponible para nosotros a través de la adopción en él. Jesús nos invita a cada uno de nosotros a participar de su propia vida, vivida en comunión con el Padre por la fuerza del Espíritu Santo.

Jesús nos regala gratuitamente esta vida divina. Empezamos por bautizarnos, rechazar el pecado y volvernos a Dios. De este modo, somos hechos nuevos, y pasamos a formar parte del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Cooperando con el amor, la misericordia y la gracia que recibimos a través de los sacramentos, nos parecemos más a Cristo como discípulos suyos y lo representamos ante el mundo, manifestando el amor y el poder del Reino en las circunstancias ordinarias de la vida. Así, en la Iglesia



está la semilla y el comienzo del Reino, ya presente en la creación y dando fruto, pero esperando el momento en que Cristo vuelva y el Reino de Dios esté presente en su plenitud.

LA CLAVE DE LA ALIANZA

Jesús, por tanto, es la plenitud y el quid del plan de salvación del Padre. Antes del momento señalado de la Encarnación, el mundo aún no estaba preparado para su venida. Así pues, a lo largo de la historia de la salvación, vemos al Padre preparando el mundo para la venida del Hijo. Lo hizo principalmente mediante la celebración de alianzas con ellos.

Una alianza algo más que un simple acuerdo legal o un pacto. Es un intercambio profundo entre Dios y un ser humano o entre seres humanos que coloca a todos los implicados en una relación profunda e íntima entre sí. Por eso reconocemos el matrimonio como una alianza, por ejemplo. Las alianzas del Antiguo Testamento prefiguran y sientan las bases de la única alianza eterna en Jesucristo.

Al examinar las lecturas de Cuaresma para este Ciclo Litúrgico, encontramos una poderosa yuxtaposición de la Antigua Alianza en las primeras lecturas con la revelación sobre la identidad y la Persona de Jesús en los Evangelios. Debemos ver a Jesús a la luz de la Antigua Alianza, reconocer que es él quien cumplirá esta alianza y la perfeccionará en la nueva y eterna Alianza sellada por su vivencia del Misterio Pascual.

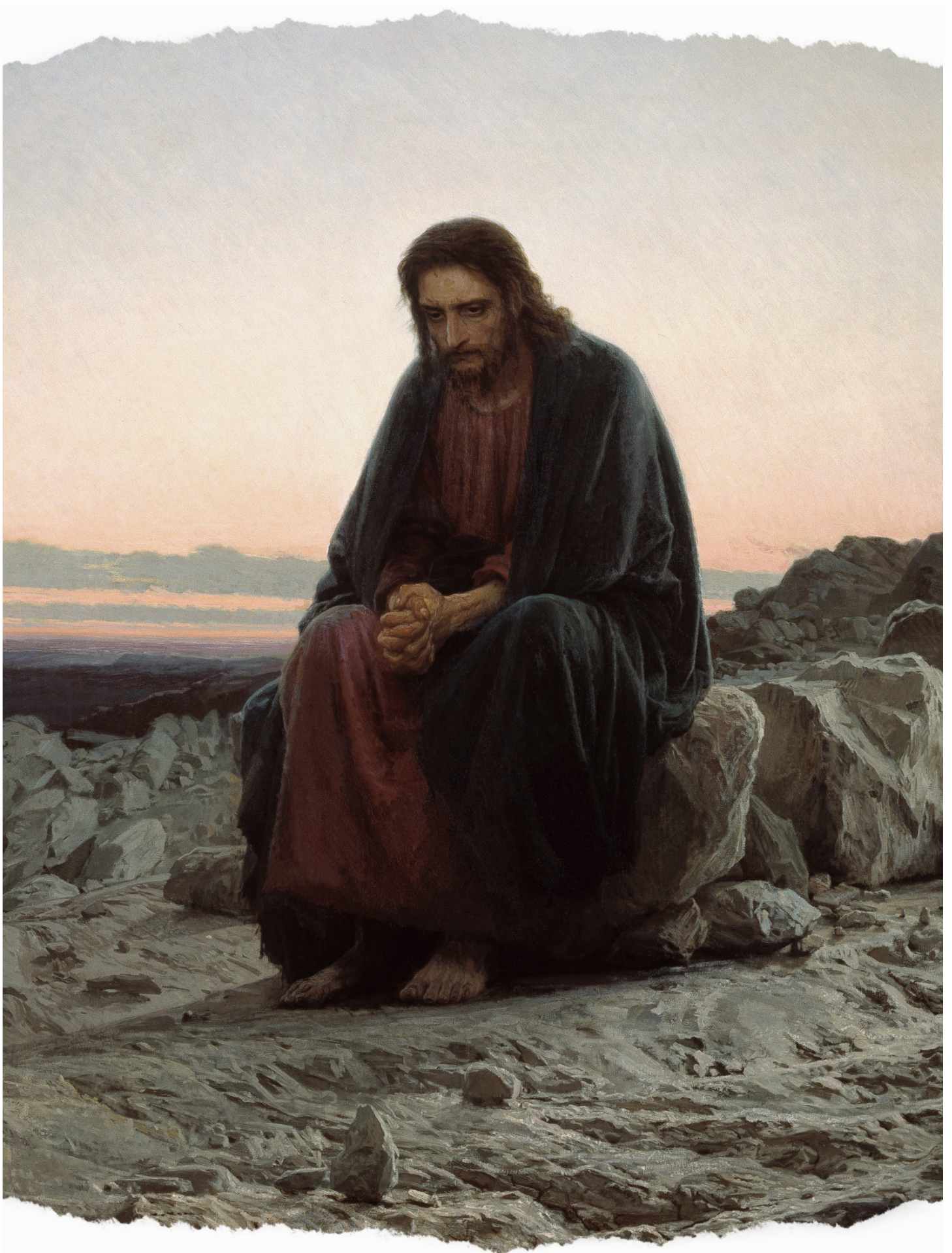
Las lecturas de estas semanas de Cuaresma nos adentran cada vez más en el corazón de la relación de alianza entre Dios y su pueblo. En las lecturas evangélicas de este tiempo, viajamos con Jesús a medida que se acerca a la culminación del plan de su Padre, hasta que le vemos entrar triunfante en Jerusalén el Domingo de Ramos.

El viaje de Jesús en las Escrituras nos invita a considerar el amor y la intimidad que Dios nos ofrece a través de la alianza final sellada en la Pasión y Muerte

de Jesús. Va a su Muerte en Jerusalén no por personas sin nombre ni rostro, sino por ti y por mí. Resucita de entre los muertos y abre las puertas del cielo no para un grupo de personas inconexas y anónimas, sino para sus seres más queridos: para ti y para mí.

Esta alianza nueva y definitiva en Jesús cumple las promesas del Padre y nos ofrece la posibilidad de una vida nueva. Incluso después de su Resurrección y Ascensión, no nos abandona, sino que, junto con el Espíritu Santo, permanece con nosotros en su Cuerpo místico, la Iglesia, muy especialmente en la Eucaristía, realizada por el poder del Espíritu Santo.

Mientras continúa el Avivamiento Eucarístico Nacional y nos preparamos para el próximo Congreso, recordemos el amor de alianza de Dios, relatado por primera vez en el Antiguo Testamento y cumplido por Jesús en el Nuevo Testamento. Abramos nuestro corazón a Jesús en la Eucaristía y digamos “sí” al amor del Padre, para vivir en el corazón de esa alianza y crecer en intimidad con Jesús y en nuestro deseo de compartirlo con los demás.





Primer domingo de Cuaresma – Año B

LECTURAS DE LA MISA

Génesis 9, 8-15

Salmo 25, 4-5 6-7 8-9

1 Pedro 3, 18-22

Marcos 1, 12-15

OBJETIVOS

- Ayudar a los fieles a ver a Jesús como el cumplimiento del plan de salvación del Padre.
- Introducir la naturaleza y el propósito de las alianzas en la historia de la salvación.
- Ver la alianza de Dios con Noé como el primer gran paso para reunir a la humanidad con él y parte de la preparación para que el mundo reciba a Jesús.
- Entender que la alianza de Dios con Noé no se trataba simplemente de que él prometiera no destruir la tierra, sino también de revelar una forma de vida a Noé y a sus descendientes, enseñándoles un camino de justicia.
- Hacer la conexión de que esta forma de vida es la vida de la gracia, que se revela plenamente en Jesucristo.
- Ayudar a los fieles a comprender que Jesús hace que su vida, la vida de la gracia, esté disponible para nosotros particularmente a través de la Eucaristía.

RESUMEN

El primer capítulo de Marcos nos lleva a la acción de la vida pública y el ministerio de Jesús con bastante rapidez. En el Evangelio de hoy, escuchamos que Jesús entra en el desierto, conducido allí por el Espíritu Santo, donde es tentado por el diablo. El Evangelio de Lucas (4, 13) da más detalles de este encuentro. Lo primero que Satanás le dice a Jesús es “Si tú eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan” (Lc 4, 3).

Puede parecer extraño empezar estas lecturas con una cita del diablo, pero si escuchamos con atención, podemos oír en ellas un eco de la estrategia de Satanás utilizada por la serpiente con Eva en el tercer capítulo del Génesis. Las palabras de Satanás a Jesús en el Evangelio de hoy están destinadas a golpear el corazón de la identidad y relación de Jesús con el Padre. De la misma manera, la pregunta del diablo a Eva, “¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?” (Gen 3, 1) estaba destinado a atacar su confianza y relación con su Padre celestial. Esa pregunta finalmente condujo a la Caída del Hombre y a la separación de la humanidad de Dios.

No dispuesto a abandonarnos a la muerte, la consecuencia de abusar de nuestro libre albedrío, el Padre puso en marcha un plan de salvación que alcanzó su cumplimiento en Jesucristo, quien haría satisfacción por nuestros pecados a través de su vida y muerte, y en su Resurrección y Ascensión nos haría posible recibir su vida divina y experimentar la intimidad y la unión con Dios en la realidad de su Reino.

Con el fin de preparar el mundo para la venida de su Hijo, Jesús, el Padre se acercó a su pueblo mediante el uso de convenios, que son mucho más que simples acuerdos legales, sino que son un intercambio íntimo de personas, similar en profundidad y alcance al matrimonio, por ejemplo. La Primera Lectura de esta semana detalla la alianza inaugural que Dios hizo después de la Caída. Esta, hecha con Noé y sus descendientes, coloca a Dios y a su pueblo en una relación particular con obligaciones para todos los involucrados en la alianza.

Dios acuerda no destruir la creación con agua nuevamente y renueva su bendición de fecundidad (Génesis 9, 3-7). Esta alianza hecha con Noé y sus descendientes no se trata principalmente de la obediencia a un conjunto de reglas, sino más bien de la fidelidad a una relación y a un camino hacia la justicia.

Esta forma de vida y camino a la justicia se cumple



en Jesús, quien lo revela como el Reino de su Padre que “está cerca”. Sin embargo, Jesús no se limita a anunciar el Reino; él es el reino “personificado”. ¿Cómo se vive la vida divina fructíferamente? ¡Se parece a Jesús! Es por eso que Satanás trata de hacer tropezar a Jesús en el Evangelio, ¡este camino de justicia es una persona, Jesús, que es el Camino!

Jesús hace que su vida esté disponible para nosotros como católicos de muchas maneras (a través de la Escritura, la oración, la comunión, etc.), pero muy especialmente a través de la Iglesia y sus sacramentos, y en particular a través del sacramento de la Eucaristía. El Padre nos mira a cada uno de nosotros y nos llama por nuestros nombres a través de su Hijo Jesús, que nos espera en la Eucaristía, donde se ha hecho tan pequeño, viniendo a nosotros bajo la apariencia de pan y vino, que podemos tomarlo, Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, en nuestro propio ser y vivir fructíferamente como hijos e hijas.

POSIBLES VERSÍCULOS PARA EL ENFOQUE

Génesis 9, 12 “Dios añadió: ‘Este será el signo de la alianza que establezco con ustedes, y con todos los seres vivientes que los acompañan, para todos los tiempos futuros’”. Dios ha puesto una señal visible en la creación como prenda de su fidelidad a la alianza. Invita a sus hijos a vivir de acuerdo con la alianza que estableció con Noé.

Salmo 25, 10 “Todos los senderos del Señor son amor y fidelidad, para los que observan los preceptos de su alianza”. La fidelidad a vivir la alianza trae perdón y transformación. Esto se cumple en la alianza eterna que Jesús hace con nosotros a través de su vida, Muerte, Resurrección y Ascensión. Si entregamos nuestras vidas a Jesús, realmente nos conformaremos a él y viviremos en armonía como hijos e hijas de Dios.

1 Pedro 3, 20-21 “... cuando Dios esperaba pacientemente, en los días en que Noé construía el arca. En ella, unos

pocos –ocho en total– se salvaron a través del agua. Todo esto es figura del bautismo, por el que ahora ustedes son salvados”. Así como Noé y su familia fueron salvados por el Señor cuando el arca fue llevada sobre las aguas del diluvio, las aguas del bautismo nos llevan a una nueva vida en Jesús y en el Reino que él anuncia.

PREGUNTA(S) PARA LA REFLEXIÓN

1. Satanás trata de interrumpir la relación de Jesús con el Padre a través de sus tentaciones, pero la fidelidad de Jesús confirma tanto su identidad como su misión mesiánica. Jesús realmente es el Hijo de Dios. Compartimos la vida de Jesús a través del bautismo, y esta vida de gracia se conserva, aumenta y renueva a través de la recepción fructífera de la Eucaristía, fortaleciéndonos como hijos e hijas de Dios. ¿Qué significa para ti ser un hijo o una hija de Dios?
2. Jesús anuncia la entrada del Reino de su Padre en el Evangelio de esta semana. ¿Cuáles son algunas de las características del Reino de Dios? ¿Dónde ves que esas características del Reino aparecen y crecen en tu propia vida? ¿Cuáles podrían ser algunos obstáculos que tiene para ver crecimiento en esas áreas de la vida del Reino?



Segundo domingo de Cuaresma – Año B

LECTURAS DE LA MISA

Génesis 22, 1-2 9a 10-13 15-18

Salmo 116, 10 15 16-17 18-19

Romanos 8, 31-34

Marcos 9, 2-10

OBJETIVOS

- Ver a Isaac como un tipo de Jesús y el sacrificio de Isaac como una prefiguración de la alianza nueva y definitiva en Cristo.
- Ver que el Señor renueva y fortalece las promesas originales que le hizo a Abraham (Génesis 12, 1-3) después de que estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo, porque el patriarca no le ocultó nada al Señor, haciendo de su relación la base de su vida.
- Establecer el contexto de la Transfiguración de Jesús a la luz de su Pasión.
- Saber que debemos escuchar a Jesús no solo porque enseña buena doctrina o teología, sino porque nos ofrece una forma de vivir en él que conduce a la justicia.

RESUMEN

La historia del sacrificio de Isaac es una de las historias más populares e importantes del Antiguo Testamento. El Señor le pide a Abraham que ofrezca la vida de su hijo como ofrenda quemada y Abraham no le retiene nada, ni siquiera la vida de su querido hijo. En el último momento, Dios perdona a Isaac y dice que proveerá el sacrificio. Abraham puede sacrificar un carnero atrapado en la maleza para el sacrificio.

No hace falta mucho esfuerzo para que hagamos la conexión de que Isaac, atado a la madera en el altar, es un tipo, o figura representativa, de Jesús, quien estaría atado a la madera de la cruz como una ofrenda para el perdón de

los pecados. Debemos ver en la voluntad de Abraham de sacrificar a Isaac el corazón amoroso del Padre, que ofrece incluso la vida de su propio hijo por el bien de su pueblo.

Pablo enfatiza la compasión del corazón del Padre cuando escribe en la segunda lectura de Romanos: “El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores?” (8, 32). Pablo exhorta a los cristianos a confiar en la bondad y protección del Señor. Si el Padre nos amó lo suficiente como para enviar a su Hijo Jesús a la Cruz, ¿cuánto más quiere llenarnos con la plenitud de la misericordia, la verdad y la libertad que se encuentran en su Reino? Así como el Señor proporcionó el sacrificio para que se perdonara la vida de Isaac, el Padre ofrece a su propio Hijo, Jesús, para que sufra y muera para que podamos vivir de verdad.

Es precisamente la filiación de Jesús lo que escuchamos resaltado en el relato evangélico de la Transfiguración de esta semana, como declara el Señor, “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo” (Mc 9, 7). Ocurre como lo hace más tarde en el ministerio de Jesús, en el umbral de la Pasión de Cristo, la afirmación de Jesús por parte del Padre fue la confirmación no solo de su identidad sino también de su misión. Jesús es el Ungido, enviado al mundo para sufrir y morir para que la vida del Reino esté disponible para todos.

La advertencia del Padre de “escucharlo” revela que Jesús no está simplemente enseñando principios de buena vida. Recuerde, tanto Moisés (que representa la Ley) como Elías (que representa a los Profetas) están presentes en la montaña con Jesús, lo que significa que él es el cumplimiento de la revelación de Dios a su pueblo. Jesús, en su propia vida y enseñanza, invita a las personas a una nueva identidad y relación con el Padre que conduce a la transformación y a una nueva vida.

¿Qué significa escuchar a Jesús? Las Escrituras de esta semana nos ofrecen un modelo claro de la voluntad de



Abraham de no retener nada del Señor. Su fidelidad no se detuvo en seguir la “letra” de los mandamientos de Dios. Abraham hizo de su relación con Dios la base de su vida, colocando su importancia por encima de todo lo demás. Debido a esto, el Señor renovó y fortaleció las promesas que le había hecho a Abraham en la alianza inicial (Génesis 12,1-3). Ahora bien, estas promesas se dan como recompensa por la fidelidad de Abraham (Génesis 22, 17-18).

Cuando nos rendimos a Jesús, haciendo de nuestra relación con él la pieza central de nuestras vidas, estamos experimentando el cumplimiento del convenio de Dios con Abraham. El bautismo nos hace miembros de “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa”, la Iglesia (1 Pedro 2, 9): se le han dado las llaves del Reino de los cielos, que un día se reunirán en el Padre cuando la muerte y el mal ya no existan. Cuando vivimos intencionalmente como discípulos de Jesús, nos convertimos en una señal de la presencia de Dios en el mundo.

La mayor expresión de esto es nuestra participación en la Eucaristía, que simultáneamente nos acerca a Cristo y a los demás y nos envía a cumplir la voluntad de Dios en nuestra vida diaria.

POSIBLES VERSÍCULOS PARA EL ENFOQUE

Génesis 22, 2 “Toma a tu hijo único, el que tanto amas, a Isaac; ve a la región de Moria, y ofrécelo en holocausto sobre la montaña que yo te indicaré”. Así como Isaac es el único hijo amado de Abraham, Jesús es el Hijo amado del Padre, a quien envía como sacrificio por la redención de todos.

Génesis 22, 12 “Ahora sé que temes a Dios, porque no me has negado ni siquiera a tu hijo único”. La voluntad de Abraham de seguir el mandato de Dios de sacrificar a su hijo fluye de su relación profunda e íntima con el Señor, caracterizada por la confianza y la fidelidad incluso en tiempos de oscuridad y crisis.

Salmo 116, 16-17 “Rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, e invocaré el nombre del Señor”. De alguna manera, todos éramos como Isaac, atados al altar del pecado y la muerte, hasta que el Señor nos liberó mediante la ofrenda de su propio Hijo como sacrificio. Es Jesús, entonces, quien nos desata y nos llama a salir del pecado y la muerte, y a una nueva vida.

Marcos 9, 9 “Mientras bajaban del monte, Jesús les prohibió contar lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos”. La confirmación de la identidad de Jesús por parte del Padre confirma también su misión de dar la vida por la redención del mundo.

PREGUNTA(S) PARA LA REFLEXIÓN

1. Hay cosas en la vida con las que luchamos: tentaciones, dolor, ansiedad, relaciones rotas, pecado, que nos mantienen atados, como Isaac. El Padre ha hecho un camino para que vivamos libremente en su Hijo Jesús. ¿Cuáles son esas cosas que te atan? ¿Puede nombrarlas y entregarlas a Jesús para que pueda vivir sin ataduras?
2. La devoción de Abraham a Dios le permitió entregar todo al Señor. ¿Cómo describiría su propia relación con Dios? ¿Cuáles son esos obstáculos que tiene en su vida para confiar en el Señor? ¿Cómo podría trabajar para superar esos obstáculos?
3. ¿De qué manera cree que la Eucaristía nos faculta para ser un signo de la presencia de Dios en el mundo (nuestra familia, nuestra comunidad, nuestra nación, el mundo, etc.)?



Tercer domingo de Cuaresma – Año B

LECTURAS DE LA MISA

Éxodo 20, 1-17

Salmo 19, 8 9 10 11

1 Corintios 1, 22-25

Juan 2, 13-25

OBJETIVOS

- Comprender que los Diez Mandamientos eran más que simplemente un conjunto de reglas a seguir; más bien, surgieron de la relación de alianza del pueblo judío con el Señor.
- Ver que seguir los mandamientos era una señal de la fidelidad de los israelitas a Dios.
- Saber que cuando Jesús volcó las mesas de los cambistas en el templo, estaba volviendo a priorizar la relación con Dios sobre la obediencia externa a las reglas que se habían vuelto meramente transaccionales.
- Comprender que cuando Jesús habló de la destrucción del Templo y se refirió a su Cuerpo, estaba cumpliendo la realidad de la alianza mosaica. La plenitud del culto auténtico no tendría lugar en el templo judío, sino dentro de (y basada en) una relación con Jesús en medio de su Iglesia.

RESUMEN

En la primera lectura de Éxodo de esta semana, escuchamos cómo el Señor dio a los israelitas los Diez Mandamientos. Sería tentador escuchar esta lectura, con la que estamos bastante familiarizados, y permitir que esa familiaridad nos lleve a ver los Diez Mandamientos simplemente como una lista de reglas.

Sin embargo, estos mandamientos surgen de la relación fundamental de alianza de Israel con Dios. Para

los israelitas, una alianza era mucho más que un pacto o un acuerdo legal. Entrar en una alianza significa formalizar una relación profunda e íntima que se convierte en un intercambio de personas.

En sus convenios con el pueblo judío, el Señor se une a Israel, y los israelitas se unen al Señor. Este es el significado esencial de la palabra religión, que obtenemos de la palabra latina *ligere*, que significa “atar”. En esta alianza, los israelitas están literalmente “atados de nuevo” al Señor en relación. Por lo tanto, el primer mandamiento está arraigado en la relación con el Señor: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí” (Ex 20, 2-3).

Seguir los Diez Mandamientos, entonces, es una respuesta amorosa al Dios que sacó a los israelitas de una experiencia de esclavitud a la vida y la libertad. ¿Por qué es importante para nosotros, que nos encontramos con esta lectura miles de años después de que fuera escrita? La lectura del Evangelio nos ayuda a responder a esa pregunta.

Todas las alianzas que vemos en el Antiguo Testamento preparan al mundo para la alianza definitiva y eterna en Jesucristo. La lectura del Evangelio muestra a Jesús limpiando el templo. Al voltear las mesas de los cambistas, Jesús está volviendo a priorizar la relación con Dios sobre la obediencia exclusivamente externa a las reglas que se ha vuelto meramente transaccional.

Los sacrificios requeridos por la ley mosaica en el Antiguo Testamento también fueron formas en que Israel señaló su fidelidad a su relación de alianza con Dios. En la época de Jesús, los cambistas y vendedores en el templo estaban dificultando que los judíos expresaran esta fidelidad aprovechándose de aquellos que no tenían acceso a sus propios animales.

Además, debemos reconocer que, para el pueblo judío,



el Templo se encontraba en el centro de la cultura, la religión y la sociedad. En muchos sentidos, fue uno de los cimientos de su identidad como pueblo. La limpieza del Templo por parte de Jesús interrumpe ese culto esencial que ocurre dentro del templo, y hace una declaración sorprendente. “Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar”. Los judíos le dijeron: ‘Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’. Pero hablaba del templo de su cuerpo” (Jn 2, 19-21).

Jesús está señalando que va a cumplir la Alianza Mosaica. En sus acciones en el Evangelio de hoy, Jesús está demostrando que, en la alianza nueva y eterna, el auténtico culto al Padre no ocurrirá en el contexto de un lugar, sino desde dentro de su Persona, desde dentro de una relación íntima y personal con Jesús en medio de su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Y es en la Sagrada Eucaristía, donde recibimos a Jesús, Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, que nuestra unión con Jesús se hace más y más profunda.

POSIBLES VERSÍCULOS PARA EL ENFOQUE

Éxodo 20, 2-5 “No tendrás otros dioses delante de mí. No te harás ninguna escultura y ninguna imagen de lo que hay arriba, en el cielo, o abajo, en la tierra, o debajo de la tierra, en las aguas. No te postrarás ante ellas, ni les rendirás culto, porque yo soy el Señor, tu Dios, un Dios celoso”. Los Diez Mandamientos están arraigados en la relación; son una invitación a vivir una vida justa enraizada en la bondad y la presencia de Dios.

Respuesta del salmo “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”. Esta respuesta captura el significado final de esta lectura del Salmo 19. La revelación de Dios, su auto-revelación, la revelación de su identidad, así como nuestra identidad, y la invitación a tomar su vida en una relación de pacto conducen a la vida eterna y la unión con él.

Juan 2, 19-21 “Destruyan este templo y en tres días

lo volveré a levantar’. Los judíos le dijeron: ‘Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’. Pero hablaba del templo de su cuerpo”. Aquí Jesús se identifica a sí mismo como el centro del culto auténtico y la relación con Dios. La fidelidad a la ley mosaica y los sacrificios de animales ya no son el criterio para comprendernos a nosotros mismos en una relación válida e íntima con Dios. ¡Jesús es el camino al Padre!

PREGUNTA(S) PARA LA REFLEXIÓN

1. El primer y fundamental mandamiento es uno de relación, eliminando todos los ídolos de nuestras vidas para que Dios sea el centro. ¿Cuáles son algunos de los ídolos que ves en tu vida que se interponen en el camino de hacer de tu relación con Dios la relación principal en tu vida?
2. ¿Qué cree que significa la Escritura cuando dice que Jesús no necesitaba que nadie testificara sobre la naturaleza humana porque la conocía bien? ¿El conocimiento de Jesús sobre la naturaleza humana cambia la forma en que te relacionas con él?



Cuarto Domingo de Cuaresma – Año B

LECTURAS DE LA MISA

2 Crónicas 36, 14-16 19-23

Salmo 137, 1-2 3 4-5 6

Efesios 2, 4-10

Juan 3, 14-21

OBJETIVOS

- Reconocer que una relación de alianza es bidireccional y que el pueblo judío luchó por mantener su parte de la alianza.
- Comprender que el caos, el exilio y, en última instancia, la muerte son los “frutos” del pecado.
- Entender que, a pesar de nuestra infidelidad, el Padre es fiel a su promesa de salvación y ofrece restauración, sanación y esperanza en Jesús.
- Interiorizar la realidad de que la Eucaristía es a la vez el signo de la fidelidad del Padre en Jesús y la fuente de nuestra nueva vida en él.

RESUMEN

La primera lectura de esta semana del segundo libro de Crónicas detalla cómo el pueblo de Dios pecó contra Dios y cuáles fueron las consecuencias de su pecado. La Escritura dice: “todos los jefes de Judá, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando todas las abominaciones de los paganos, y contaminaron el Templo que el Señor se había consagrado en Jerusalén” (2 Cro 36, 14).

Recuerda que el pueblo judío vivía bajo una relación de alianza con Dios. Estas alianzas tenían expectativas y obligaciones para todos los involucrados. Dado que estas alianzas se referían fundamentalmente a la relación con Dios, la fidelidad al modo de vida explicado en los convenios era una expresión de la fidelidad del pueblo a su relación con Dios.

El reino del sur de Judá, su rey, sus sacerdotes y su pueblo, dejaron de lado su fidelidad y eligieron vivir fuera de la ley, asumiendo las prácticas de otras naciones y abandonando las prácticas distintivas características de su relación especial con el Señor. Dios, en su bondad, envió mensajeros, los profetas, para llamar al pueblo de Judá a volver a sí mismo.

Pero el pueblo persistió en su infidelidad, por lo que el Señor permitió que sus enemigos los vencieran. Los babilonios invadieron, destruyeron el Templo y dispersaron al pueblo, obligando a muchos a vivir en el exilio en Babilonia. Vemos aquí el fruto que proviene de vivir una vida pecaminosa: caos, exilio y, en última instancia, muerte y destrucción.

Incluso después de que su pueblo persistió en su infidelidad, el Señor Dios hizo un camino para que el Reino del Sur fuera restaurado. Después de 70 años, cuando los persas derrotaron a los babilonios, el Señor usó a Ciro, rey de Persia, para restaurar al pueblo de Dios en su hogar y reconstruir el Templo. La bondad, el amor y la misericordia de Dios se dirigen siempre hacia su pueblo, incluso cuando se apartan de él.

Pablo lo describe bien en su carta a los Efesios cuando escribe: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo” (Ef 2, 4-5). Esto es repetido y anclado por el pasaje más famoso de Juan 3, 16: “Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna”.

El Padre nos ha llamado a una vocación sobrenatural: la vida eterna, que se perdió cuando nos alejamos de Dios. Al darnos sus mandamientos, Dios nos reveló nuestro pecado y preparó el mundo para la venida de su Hijo. Sin embargo, nuestra naturaleza humana herida hizo imposible que viviéramos estos mandamientos por nuestra cuenta. Jesús, como verdadero Dios, instituye una nueva



alianza en su Sangre, ofreciéndose a sí mismo por nosotros, mereciendo para nosotros la justificación y la gracia.

Jesús viene al mundo para cumplir las promesas del Padre de que su pueblo viviría una vida libre y plena, unido a él. La Eucaristía, por lo tanto, es un signo de la fidelidad del Padre en Jesucristo y también la fuente de nuestra nueva vida en él. La misericordia del Padre no es simplemente para su pueblo hace miles de años. También es para ti y para mí, aquí y ahora.

Jesús —su vida, su misericordia, su bondad y su paz— nos espera en la Eucaristía. ¿Cómo responderemos a la invitación de Dios a encontrar al Jesús misericordioso en la Eucaristía de hoy?

POSIBLES VERSÍCULOS PARA EL ENFOQUE

2 Crónicas 36,14 “Todos los jefes de Judá, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando todas las abominaciones de los paganos, y contaminaron el Templo que el Señor se había consagrado en Jerusalén”. Los Diez Mandamientos están arraigados en la relación; son una invitación a vivir una vida justa enraizada en la bondad y la presencia de Dios.

Salmo 137, 1 “Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión”. Este versículo del Salmo expresa el dolor de los exiliados en Babilonia, sin embargo, a medida que avanza el Salmo, hay una especie de esperanza en el recuerdo de Babilonia, en el “nunca olvidar”. Esto capta perfectamente el aspecto penitencial de la Cuaresma, que está arraigado en nuestra esperanza que proviene de Jesús, cuyo Misterio Pascual nos lleva al Reino de su Padre.

Juan 3, 17 “Porque Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”. El Padre ya ha mirado al mundo a través de los ojos de la misericordia. Jesús no viene a condenar, sino a salvar. Cumple el plan de

salvación del Padre, satisfaciendo las exigencias tanto de la justicia del Padre como de su misericordia.

PREGUNTA(S) PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Por qué crees que las infidelidades del pueblo de Judá fueron particularmente ofensivas para el Señor en la primera lectura de 2 Crónicas 36? ¿Cómo trató el Señor de remediar esto?
2. En tu propia vida, ¿qué medios utiliza Dios para intentar reconciliarte consigo mismo y restablecer tu relación con Él?
3. Pablo escribe en Efesios que somos salvos por medio de la fe, que es un don de Dios. ¿Qué crees que significa eso? ¿De qué manera dirías que tu fe en Jesús proviene de Dios?
4. Juan escribe que “El que cree en él, no es condenado” (Jn 3, 18). ¿Qué significa creer en Jesús? ¿Crees que tienes ese tipo de fe en Jesús? ¿Por qué o por qué no?
5. ¿Cómo se conecta nuestra recepción de Jesús en la Eucaristía con nuestra fe en él?



Quinto domingo de Cuaresma – Año B

LECTURAS DE LA MISA

Jeremías 31, 31-34

Salmo 51, 3-4, 12-13, 14-15

Hebreos 5, 7-9

Juan 12, 20-33

OBJETIVOS

- Comprender que la nueva y perfecta alianza en Jesús, que el Señor había previsto desde toda la eternidad, dio cumplimiento a todas las alianzas anteriores.
- Saber que esta nueva alianza tendrá en su centro una relación íntima; Dios y el hombre ya no estarían separados.
- Ver que las alianzas más solemnes estén selladas con un sacrificio de sangre. La Nueva Alianza en Jesús está sellada con el sacrificio del sufrimiento y la muerte de Jesús.
- Saber que la Muerte de Jesús en la Cruz es el camino que conduce a una nueva vida; Jesús muere para hacer satisfacción por los pecados de la humanidad. Su Resurrección es el cumplimiento de las promesas de la Antigua Alianza.

RESUMEN

Como escuchamos en nuestra primera lectura de Jeremías, los temas de la Alianza que han estado corriendo a través de nuestro viaje bíblico en este ciclo litúrgico se están uniendo y llegando a su clímax mientras nos preparamos para viajar con Jesús a Jerusalén y, en última instancia, a la Cruz y la Resurrección durante la Semana Santa. El Señor Dios revela la promesa de una alianza nueva y perfecta, preparada y prefigurada por las antiguas alianzas.

La Nueva Ley dada por Cristo cumple, refina y supera las leyes de la Antigua Alianza, llevándolas a la perfección. En lugar de proporcionar nuevos preceptos externos, la

Nueva Ley está dirigida a reformar el corazón humano. Sabemos por la tradición de la alianza que surgió del Antiguo Testamento que toda alianza debe ser sellada, y las más solemnes fueron selladas con un sacrificio de sangre. De hecho, la palabra hebrea para pacto, *beriyth*, significa “cortar”. Las alianzas no se “celebran” simplemente, sino que se cortan.

Si Jesús es el cumplimiento de las promesas del Padre y la alianza por la que perfeccionará sus alianzas anteriores, entonces ¿cuál es el sacrificio que sella tal alianza? A saber, el sufrimiento y la Muerte de Cristo en la Cruz. Jesús lo deja muy claro en la lectura del Evangelio de Juan de esta semana, en la que la imagen de anclaje es la necesidad de que el trigo caiga a la tierra para morir y pueda multiplicarse en muchos tallos de trigo.

Las implicaciones son claras: Jesús debe ir a la Cruz, morir y resucitar para que podamos recibir la vida del Reino. Él es el sacrificio pascual que sella la alianza nueva y eterna. La naturaleza divina de Jesús y la naturaleza humana existen juntas en unión. Jesús es el portador de la alianza, y también es el icono de su fruto, convertirse en “el Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29). Otra forma de decir esto es **que lo que Jesús es por naturaleza (el Hijo del Padre), ¡nos invita a llegar a serlo a través de la gracia (hijos e hijas adoptivos de Dios)!**

Por eso Jesús hace este llamado fundamental a través de su Iglesia: “Conviértanse y háganse bautizar” (Hechos 2, 38). Si entregamos nuestras vidas a Jesús (nos arrepentimos) y entramos en su alianza a través del Bautismo, entonces la vida de su Reino se arraiga en nosotros y nos conforma a él. Jesús lo deja claro en su imagen del trigo. Pisar los talones de esa imagen es una advertencia para que sus seguidores abracen el misterio de morir a sí mismos: “El que quiera servirme que me siga” (Jn 12, 26).

Tenemos la oportunidad de entrar en esa dinámica de entrega, de morir y resucitar, cada vez que encontramos a



Jesús en la Eucaristía en la Misa. Preparémonos para ello, de modo que cuando digamos “Amén” antes de recibir a Jesús en la Eucaristía, se convierta en un acto intencional de santa sumisión: la entrega de nuestros corazones, mentes y vidas enteras a aquel que murió para que podamos vivir.

POSIBLES VERSÍCULOS PARA EL ENFOQUE

Jeremías 31, 32 “No será como la Alianza que establecí con sus padres el día en que los tomé de la mano para hacerlos salir del país de Egipto, mi Alianza que ellos rompieron, aunque yo era su dueño –oráculo del Señor–. El Señor revela que esta nueva alianza será un tipo diferente de alianza, una en la que las leyes de justicia, la vida misma del Reino, no se guardarán simplemente externamente, sino que, a medida que la lectura continúe, Dios colocará esa ley en lo profundo de los corazones de su pueblo (Jer 31, 33).

Salmo 51, 12-13 “Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me arrojes lejos de tu presencia ni retires de mí tu santo espíritu”. El sacrificio de Cristo es único, superando a todos los demás. Cristo derrama las gracias de la salvación sobre la Iglesia, mereciendo para nosotros el perdón de nuestros pecados, y envía a su Espíritu Santo para llevar a cabo nuestra transformación espiritual a la imagen de Cristo.

Juan 12, 25 “El que tiene apego a su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la Vida eterna”. Jesús revela aquí uno de los principios fundamentales de la vida de gracia: es al morir a uno mismo y abrazar la entrega que recibimos las riquezas y la abundancia de la vida divina dentro de nosotros.

PREGUNTA(S) PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué crees que significa que, en la Nueva Alianza, Dios escribirá su ley en nuestros corazones?
2. ¿Por qué crees que era importante para Jesús sellar

esta Nueva Alianza ofreciéndose a sí mismo como sacrificio en la Cruz? ¿Se te ocurre alguna forma en la que hayas sacrificado tu vida por el bien de los demás? ¿Cómo están conectados tus sacrificios y el sacrificio de Jesús?

3. Jesús se convirtió en “causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Heb 5, 9). ¿Cómo explicarías la palabra “salvación” a alguien? ¿Tiene algo que ver la salvación con nuestra vida aquí en la tierra?
4. ¿Cómo nos conecta nuestra recepción de Jesús en la Eucaristía con su muerte en la Cruz? ¿Cómo nos conecta con su Resurrección de entre los muertos?